



Con nostalgia saluda el que soy a ese otro que pudo haber sido.

Colega KIERKEGAARD, ligeramente variado.

Érase una vez un día en el que quise echar un vistazo al futuro. Sólo una ojeada muy breve. Hoy, tras varias incursiones en lo que luego habría de ser el pasado, no tengo ya demasiada curiosidad por el mañana. He aprendido que lo que va a venir, viene. Lo que ha de acaecer, acaece. Acaece conmigo y por encima de mí, dejando apenas opciones para el instante siguiente. Lo sé: ese instante siguiente —todo instante siguiente— está henchido de fatalidad. Cualquier camino escogido al arbitrio tendrá consecuencias cuyos giros no soy capaz de prevenir. Los determina la época, confluyen y se desvanecen en ella, como se desvanece todo. El único testimonio de lo que ha sido es lo que pueda contarse después al respecto. El mundo es un inmenso depósito de hechos narrados que pueden narrarse otra vez. Todo lo que ha sido, ha sido, como los dinosaurios. Érase una vez.

Aquel lejano día me atormentaba un deseo y quería saber si se cumpliría. Era el deseo de dar un paso fuera de Alemania, un lugar en el que había caído como en una trampa. Los acontecimientos de la época me habían arrastrado hasta allí en su crecida y un buen día me vi varado en Hamburgo, a orillas del río Elba, un sitio del todo ajeno a mí. No era yo el que por allí





deambulaba con mi nombre, mi nariz, mis ojos azules, con mis rasgos tan peculiares y mi atuendo tan personal. Todo, sin embargo, estaba relacionado conmigo, a pesar de no sentirme a gusto en mi propia piel. Tenía la necesidad de salir de mí para reencontrarme. Pero no estaba en condiciones de irme a otra parte para meterme de nuevo en mi antigua piel, esa piel que había perdido. Más tarde intenté cubrirme con otras pieles que se le parecían, pero eran disfraces, y el disfraz no encajaba con la época. Mucho menos entonces.

Me enfundé en el disfraz de padre de familia. Tenía esposa e hijo. Sin embargo, no sabía hacer nada y no tenía un duro en el bolsillo. Entonces aún regía lo que yo he denominado la «era glacial de los hombres de hierro». Es cierto que ya no se oía el entrecuchar del hielo y el metal. Incluso las heladas se habían consumido. Los héroes estaban exhaustos, se decía. Los hombres de hierro ya no escupían fuego por sus múltiples cañones, habían dejado de arrojar bombas sobre las escombreras en que se habían convertido las ciudades. Se decía que el bien había vencido sobre el mal y que los vencedores debían vigilar a los vencidos. Los hombres de hierro estaban presentes por todo el país y mantenían cerradas las fronteras.

Alemania era mi cárcel. Yo era un apátrida sin papeles. Ni siquiera disponía de los documentos que atestiguaran de qué lado había estado en la lucha del mal contra el bien. Era un sospechoso sin credo ni principios. En el mejor de los casos, se me contaba entre los astutos que habían renegado de Dios y de otros arrendatarios generales del bien. No obstante, algunas personas de buena fe me habían dado la posibilidad de viajar a Inglaterra por un tiempo. Era la primavera de 1947. Por un periodo de tiempo, tendría la oportunidad de salir de prisión y alojarme en un hospicio.

Era tal mi impaciencia por saber si ese deseo se haría realidad, que fui a visitar a un hombre al que atribuían la





capacidad de predecir el futuro. Se trataba de un astrólogo y su apellido era Wolf. Su historia era rocambolesca. Por órdenes expresas del Comandante en Jefe del Mal, Heinrich Himmler, lo habían encerrado junto a un grupo de colegas suyos —magos, astrólogos, adivinos, quiromantes y cartomantes— en el Bendlerblock,¹ en Berlín. Era un lugar poco habitual para una estancia. La guerra se acercaba a su fin. Nadie tenía miramientos con los inútiles, a menos que esos inútiles pudieran ser de alguna utilidad. Los prisioneros se comunicaban a través de mensajes clandestinos, y pronto se supo que había entre ellos historiadores y especialistas en filología clásica. Les habían entregado una enorme cantidad de material que debían analizar: todas las actas de pesquisas inquisitoriales contra alquimistas, herejes y magos, y de procesos de cacería y quema de brujas no sólo en territorio alemán, sino en todas las regiones ocupadas por Alemania. Resultaba difícil entrever cuál era el propósito de todo aquello. Podría tratarse de un ataque contra la iglesia católica, pero los protestantes habían quemado a muchas más brujas. Los magos y adivinos estaban bajo interrogatorio permanente: por las preguntas podía deducirse que los hombres de Himmler deseaban tener acceso al reino de lo sobrenatural y aprender a hacer magia.

En un principio, perseguían un propósito inmediato: pilotar submarinos ocupados por un solo hombre, con héroes que, siguiendo el ejemplo de los kamikazes japoneses, estuvieran dispuestos a inmolarsse. Pero, ¿cómo instruirlos? Con

¹ El *Bendlerblock* era un complejo de edificios situado al sur del Tiergarten, usado durante la guerra como sede del alto mando de varias dependencias del ejército. Fue allí donde se concibió el plan para atentar contra Hitler el 20 de julio de 1944 y el lugar donde fueron fusilados los oficiales implicados en esos planes. [N. del T.]





consignas sobre el Führer y la patria ya no era posible despertar el interés de nadie, con tales huesos no era posible atraer a incautos sabuesos a las cocinas destruidas por las bombas. Era preciso movilizar el espíritu con temas espirituales y se vieron en el sospechoso apremio de recurrir a lo místico. No es que eso contradijera la visión del mundo de los nacional-socialistas, pero su puesta en práctica conllevaba algunas dificultades. Ni aun los ejercicios de yoga más elementales podían traducirse al lenguaje del régimen de ejercicios prusianos: «¡Mirada fija en el ombligo!». A aquellos involuntarios inquilinos del Bendlerblock, con cuyas informaciones sobre el reino de lo sobrenatural podía hacerse algo de utilidad, se les siguió explotando, mientras que al resto se les trasladó pronto a otras instalaciones menos elitistas, destinadas a cumplir con la solución final.

El señor Wolf llamó la atención sobre sus dotes resolviendo con habilidad el acertijo que le plantearon. Todos buscaban al desaparecido Mussolini. Los italianos —aliados infieles, protagonistas de la llamada «puñalada por la espalda»— lo habían depuesto como Duce y general fiable para una alianza, lo habían secuestrado y lo mantenían prisionero en un lugar secreto. ¿Dónde estaba? «Ese no es el modo correcto de formular la pregunta», dijo el señor Wolf. «Antes es necesario preguntar si lo encontraremos. Sólo entonces podremos saber dónde».

Los astros respondieron de forma positiva a la primera pregunta. El señor Wolf formuló la segunda y enseguida supo decir dónde se hallaba el escondite. Sólo que lo hizo demasiado tarde como para contribuir a la acción de rescate organizada por el liberador de Mussolini, el Gran Capitán de Escaramuzas Skorzeny, que había encontrado el escondite guiado por su propia fuerza. Y la fuerza debió de ayudar, sin duda. No obstante, el señor Wolf había señalado el lugar con





tal precisión, que sus facultades visionarias quedaron demostradas de manera brillante, gracias a lo cual se convirtió en el astrólogo personal de Heinrich Himmler, si bien nunca llegaría a revelarle lo que le esperaba en un futuro inmediato. Nada edificante, probablemente. En ningún caso prestó con ello un servicio al mal. Los buenos, los vencedores, se lo reconocieron y le concedieron un permiso para continuar escudriñando el futuro, fuera lo que fuese que llegara a encontrar allí.

Tampoco a mí se me permitió abordar a Wolf con una pregunta directa. Antes él debía verificar si era el momento propicio para una respuesta. Su escritorio estaba repleto de sextantes, astrolabios y otros aparejos astronómicos. Wolf los giraba y atornillaba como si estuviera al mando del *Nautilus*, el submarino de Julio Verne. A sus espaldas, en la pared, colgaba un intrincado mantra hindú. A su derecha, un gurú con turbante, envuelto en una nebulosa de imbricados tonos pastel que parecían obra de Odilon Redon, una figura de ojos alucinados y fijos en la mirada del visitante, donde fuera que éste se detuviera o se sentara. A través de la ventana se filtraba la luz anémica de una tarde de finales de invierno en Hamburgo.

El señor Wolf había dispuesto sus instrumentos. La pregunta sobre el momento favorable había obtenido respuesta. Sí, podía continuar con mis preguntas. Pero antes que nada era preciso determinar el lugar que ocupaba yo en la carta astral. Aún no existían referencias cósmicas sobre mi persona, de manera que comuniqué también a esas autoridades la fecha de mi nacimiento: 13 de mayo de 1914, en Czernowitz, ex capital de una antigua región del Imperio Austrohúngaro, la Bucovina. «En las primeras horas de la mañana», añadí, en aras de una mayor precisión. El señor Wolf echó mano de una especie de regla de cálculo y se puso manos a la obra. «Hay algo aquí que no cuadra», dijo.





Había esperado cualquier otra respuesta, pero no esa. En ella estaba contenido el núcleo de mi existencia en Hamburgo: mi dudosa y ambigua esencia. En boca de un vidente, aquello cobraba dimensiones metafísicas. Se ponía en entredicho algo más que mi estatus legal o social, mi ciudadanía, mi pasado o la tesitura de mi carácter. No se trataba de esclarecer ciertos datos personales como «¿Qué nacionalidad tiene en este momento? ¿Rumano, italiano, alemán de alguna etnia residente fuera de Alemania? ¿De dónde sale la partícula *von* de su apellido Rezzori, supuestamente siciliano? Un apellido que usted, además, escribe a veces con una zeta y, en ocasiones, con dos. ¿Por qué? Durante la guerra, ¿dónde estuvo? ¿Cómo es que nunca lo reclutaron? ¿Qué le trajo a Hamburgo? ¿Cuál es su profesión?». Todo eso tocaba sólo la superficie. El tropiezo del señor Wolf con mi falta de transparencia dejaba al desnudo un escollo inherente a mi persona. El núcleo de mi esencia quedaba al descubierto. ¿Había nacido con esa condición dudosa? ¿Era hijo de una estirpe poco fiable? Mi retorcida situación en el entorno de habla alemana, ¿no era acaso el reflejo de mi esencia más íntima? Y en ese caso, ¿no sería inútil pretender irme a otra parte? El gurú de la pared clavó sus ojos en los míos.

—¿Qué cosa no cuadra? —pregunté. A fin de cuentas el vidente no era yo.

—El lugar —dijo el señor Wolf, mientras manipulaba su aparejo mágico-científico—. Usted no nació precisamente allí, avanzaba en esa dirección.

Gracias a ello salía a la luz lo que mi frágil y nerviosa madre se había esforzado por ocultar a lo largo de su vida: que yo había nacido en una calesa de camino hacia Czernowitz. La familia de mi madre vivía entonces en el campo. Mis padres no tenían todavía una casa propia: mi padre viajaba a menudo por causa de su profesión —aunque se decía que lo hacía mucho más por su afición a la caza—, y mi madre, a





causa de un trastorno renal (en el que creían todos menos sus médicos), pasaba la mayor parte del invierno en Egipto y los veranos en Suiza. Mi hermana, por su parte, que era cuatro años mayor que yo, se criaba con mis abuelos. A principios de mayo de 1914, mi madre se había instalado en la casa de sus padres con vistas a afrontar mi alumbramiento en un entorno protegido. Sin embargo, no había calculado bien la fecha. Cuando se decidieron a viajar a la ciudad, era ya demasiado tarde. Las contracciones de parto se presentaron en el carruaje. Supongo que no fue sólo mi impaciencia lo que me incitó a salir al exterior de un modo tan tempestuoso, sino también seguramente los baches de la carretera comarcal, apenas usada por otros vehículos que no fueran las carretas de los granjeros que acudían al mercado cada semana. Y eso sólo en verano, dicho sea de paso, ya que en otoño esa vía estaría cubierta por un torrente de lodo y, en invierno, por la nieve. Pero estábamos en mayo. Acompañaban a mi madre su propia madre y la señorita Lina Strauss, su institutriz y, más tarde, también la de mi hermana y la mía: «*The mess was indescribable*»,² me contaría la propia Lina Strauss más tarde, aún horrorizada por el recuerdo. Se supone que yo empecé a dar berridos antes de que el carromato llegara al hospital.

Cuando le conté esta historia, el señor Wolf asintió satisfecho.

—Será usted errante por mucho tiempo —me dijo.

Con eso estábamos de nuevo en la superficie del asunto. Yo había esperado algo más de él. Me encantaba el simbolismo: el apremio por salir de todo espacio angosto, de la opresiva posición embrionaria de arenque enrollado en escabeche, salir de las aguas primigenias para adentrarme en tierra firme,

² Fue un desastre indescriptible. [*N. del T.*]





pasar de la oscuridad a la luz del día naciente. Me cautivaba esa inversión del mito goethiano del rey de los elfos: no era la muerte lo que nos esperaba al final del viaje nocturno, sino la vida. Las nieblas se despejan, irrumpe el día y la claridad se alza. También en un sentido puramente biológico: la versión reducida a nueve meses de un embotado peregrinar de trillones de años de fase evolutiva, un viaje que va del unicelular al vertebrado erguido y pasa antes por el anfibio hasta llegar el ser humano: la criatura más dudosa de la Creación.

En una ocasión acuñé un término que poco a poco va siendo acogido en el uso general del lenguaje: *Epochenverschleppung*. Con ello me refiero a una superposición anacrónica de elementos de la realidad que pertenecen específicamente a una época anterior y se integran luego en la siguiente. No todos los fenómenos tienen el mismo momento de inercia. Algunos subsisten más allá de sí mismos, se manifiestan como una especie de elemento ambientador, un portador de atmósferas que engañan no sólo al individuo, sino a todos, sobre la realidad verdaderamente existente. La vivencia del presente discurre entonces de forma paralela, pero sin que nadie viva del todo en el aquí y el ahora. El arte —cuando no se anticipa al presente— es un temible aliado del arrastre diferido de las épocas.

Por aquellas fechas, en Hamburgo, bajo la pálida luz de una tarde de finales de la era glacial, una luz a través de la cual destacaban los ojos del gurú-faquir colgado en la pared del oráculo del señor Wolf, mi pregunta sobre el futuro más inmediato recibió una respuesta favorable. Sí, yo podría viajar a Inglaterra y tendría una puerta de acceso temporal a la libertad. Debo confesar que acepté aquello, también, como una liberación pasajera de mis obligaciones domésticas, que de todos modos yo cumplía de forma insatisfactoria. Pero eso formaba parte de mi ignorancia de entonces en el campo de las responsabilidades. Jamás había aprendido nada semejante,





salvo en el trato con perros o caballos. Sin embargo, ya no tenía que ocuparme ni de unos ni de otros, ambas cosas pertenecían a un pasado devenido mítico. Mi esposa y mi hijo, de quienes sí hubiese tenido que ocuparme, estaban en principio bien abastecidos. El futuro era un asunto del futuro mismo y yo me sentía libre como un pájaro recién salido de la jaula. Así que, efectivamente, pocas semanas después me vi en Wilton Park, cerca de Uxbridge, a una hora en tren de Londres.

Wilton Park, en otro tiempo residencia de Lord Beaconsfield —más conocido por el nombre de Disraeli—, fue un campo de reeducación para prisioneros de guerra alemanes con cierta disposición ideológica a aceptar lo nuevo. Quiero decir: eran hombres que solían asentir con la cabeza cuando se les preguntaba si estaban dispuestos a convertirse en buenos demócratas y a dejarse reeducar en ese espíritu. Se afanaban en ello más bien con tibieza. Los británicos —todos del lado del bien, como sabemos— contaban para ello con el apoyo de personas de carácter firme reclutadas en las filas de los propios prisioneros de guerra, gente que debía ayudar en el proceso de reeducación siguiendo el método de domar elefantes salvajes con la ayuda de otros ya domados. Era gente imbuida del espíritu ético de la socialdemocracia, gente que, aunque arrastrada a la guerra por la marea, nunca había cedido al mal. Ellos debían servir como ejemplo a sus compañeros de infortunio y camaradas ideológicamente más débiles. Lo mismo se esperaba de un puñado de intelectuales recién llegados de Alemania. Para mí no estaba muy claro qué hacía yo entre ellos. Mis categorías del bien y del mal no se atenían a banderas nacionales, a grados de superioridad o inferioridad militar o a visiones políticas del mundo. Yo, además, no era un intelectual.

En cualquier caso, me hallaba ahora en Wilton Park y contaba con permiso para observar el modo en que mi euforia de recién excarcelado temporal se comportaba en relación





con la situación anímica de los prisioneros en aquel campo de reeducación. Aquellos hombres estaban bien alimentados. Llevaban con decoro sus teñidos uniformes de prisioneros. Aunque se les trataba con comprensiva indulgencia, el cautiverio les corroía el hígado. Alemania, el sitio del que yo había escapado, era para ellos la anhelada tierra de promisión, no los amedrentaba el hambre, ni el frío o el abatimiento, tampoco el cenizo estado de verse a merced de las incomprensibles consecuencias de un hecho incomprendido; no los asustaba el impotente rencor del destino, ni el odio predicado por unos y otros. Aquellos no eran inconvenientes de su vida cotidiana, sino de quienes se habían quedado en casa. Lo que los hacía sufrir era la humillación. El haber sido despojados de su poder. La estrepitosa caída de una privilegiada existencia de dominación —regulada con seriedad mortal—, de la existencia de unos hombres de hierro, a la miseria de un rebaño de vencidos encerrados tras unas alambradas de espinos. En Wilton Park no había alambradas, el lugar tenía más bien el carácter de un campus universitario. Pero, por relajados que se mostraran —las manos siempre en los bolsillos de los pantalones—, aquellos hombres no podían librarse del tufo de la soldadesca. Olían a cuartel. Y sufrían por ello. Y sufrirían más aún cuando, ya reeducados en el espíritu de la democracia, tuvieran que regresar a casa. Pero eso aún no lo sabían.

Tampoco les habría servido de mucho que yo les dijese que aquel tufo era el aire que se respiraba a diario en Alemania, que en casa tampoco podrían librarse de él. Lo habían introducido en el país otros hombres como ellos, retornados de toda condición lo habían portado consigo a las viviendas instaladas en sótanos, a las barracas prefabricadas de los que se quedaron. Sin embargo, cualquier cosa que yo les dijera habría sonado a burla si hubiese añadido que aquello no era lo peor. Lo que me atenazaba la garganta, a veces al punto de asfixiarme, no





era sólo el tufo de la soldadesca vencida y expulsada de su tierra, sino su rotundidad esencial. Yo no conocía otra Alemania salvo aquella que olía a cuartel y a campo de concentración. Me parecía que en Alemania sólo había dos formas de existencia: vigilantes y vigilados. El propio guerrero alemán vencedor las encarnaba ambas en una misma persona: bajo la recia mirada, flanqueada por los bordes del casco de acero, sus humildes posaderas temblaban bajo el pantalón. Lo que más echaba de menos era el ser humano en medio de esos dos extremos. Si se rascaba un poco la superficie de un soldado yanqui, británico o ruso, la carcasa del hombre de acero dejaba entrever bien pronto al ser humano: violento o pacífico, inteligente o estúpido, amable o grosero, alegre o triste, pero en todo caso humano. Si se rascaba la superficie de un alemán, lo que salía a la luz —si es que no recibías de inmediato una mordida en el dedo—, lo que veías, era un policía o un lloroso animal de sacrificio. Faltaba ese centro que pudieran ajustarse como hacían con el cinturón del pantalón, portador de la consigna *Gott mit uns!* (¡Dios está con nosotros!). Y lo sabían, lo sentían como una culpa. No era, sin embargo, culpa suya. El acontecer acontecía con ellos y por encima de ellos. En varias ocasiones tuve ganas de echarme a llorar.

Era ya primavera en Wilton Park. Una primavera, a mi juicio, *Jugendstil*. Incipiente eclosión de primulas y capullos de una añoranza tanto más imprecisa. Puede que se tratase de un *Jugendstil* personal, arrastrado conmigo desde la época de esplendor de mis padres, durante el paso del siglo XIX al XX, e incorporado a las vivencias de mi infancia. Un *Jugendstil* de impronta inglesa, pletórico de prerrafaelismo. En consonancia con la leyenda invertida del rey de los elfos, enseña de mi nacimiento en una calesa, todo aparecía envuelto en

